

*A Alejandro Ehrenberg*

Ondeantes lomas leonadas, lajas inmensas, farallones a pico, verdes follajes melodiosos bajo la brisa ázima del alba.  
Claros fragantes; las nubes grises, lilas, blancas.

El bosque.

Las calles encendidas. Verjas y pretiles entre la yedra. Jacarandas, acacias: macizos de sombra tibia. Ciertos libros, el fulgor de los encuentros más leves.

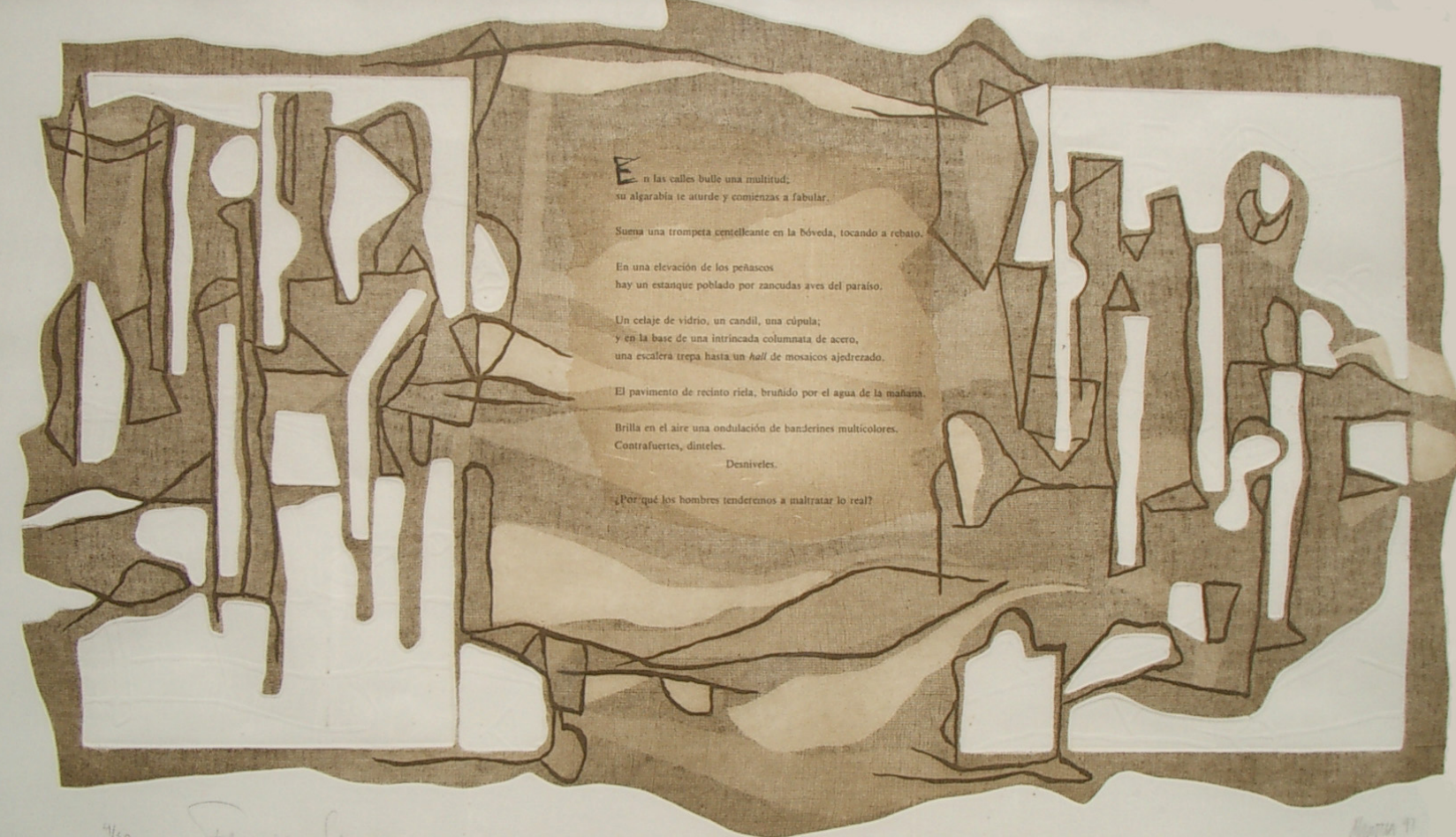
La noche.

Fachadas lucientes, corredores abiertos al aire acrecentado del verano. Plazas a la intemperie en la luz indecisa y ámbar de los faroles de halógeno. Caravanas de mercaderes, de banqueros, de parias.

La ciudad.

Hacia arriba. Prados de suave inclinación, el viento en las escaleras de la terraza y el sol en los cipreses. Un estanque donde se aligera el mundo, varas flotantes.

El cielo.



**E**n las calles bulle una multitud;  
su algarabía te aturde y comienzas a fabular.

Suena una trompeta centelleante en la bóveda, tocando a rebato.

En una elevación de los peñascos  
hay un estanque poblado por zancudas aves del paraíso.

Un celaje de vidrio, un candel, una cúpula;  
y en la base de una intrincada columnata de acero,  
una escalera trepa hasta un *hall* de mosaicos ajodrezado.

El pavimento de recinto ríela, bruñido por el agua de la mañana.

Brilla en el aire una ondulación de banderines multicolores.  
Contrafuertes, dinteles.

Desniveles.

¿Por qué los hombres tenderemos a maltratar lo real?

4/50

Francisco Simón

Madrid 71

Avenidas de acusado peralte entre los riscos, y un reguero de luz taladrando el abismo tachonado y lluvioso tras los cristales.

En los salones, a la orilla de las albercas, el recuerdo de ciertos abrazos lustrales realza el brillo de los reflectores en los vasos.

Un zureo de palomas, de gorriones en celo.

Sobre pedestales de granito, estatuas de cristal, o de arcilla: preincaicas, africanas, asiáticas.

Lienzos de una factura insuperable destelan en las paredes de las recámaras.

En un muro, un antiguo plano de la ciudad. Altas cimas y el gran lago interior cubierto por una bruma espesa.

Montañas azules, cobrizas, guindas, negras.

Grupos de torres encaladas, chimeneas, faros.

Un resplandor opalino sube de las barrancas.

De las ventanas abiertas brotan las frases de una canción desconocida.

Alguien va a tener que hacer algo, de todos modos.

Grabados concebidos por el deseo y la visión.



Vidrieras muy amplias: miradores acodados  
hacia la honda cuenca fluctuante;  
redes luminosas, acordes veteados: una trama vibrátil.

Zumban bocinas mágicas. En los vestíbulos  
van y vienen muchachas de una elegancia fatigosa.

A lo largo de los pasillos y en los remates de las ventanas  
oscilan las molduras: rostros adolescentes con flores en el pelo  
entre racimos, tallos, hojas...

Las nubes del crepúsculo se amasan sobre el valle,  
pavonado o pardusco, a lo lejos.

Francisco Senans



4/50

Mixteco 92

Detrás del fuego, un receptáculo de sombra. Vaho en los cristales y cuadros de figuración estridente en ángulos cada vez más concisos, no te impiden con toda descender, buscar sitio y plantarte.

En el primer piso, una alta puerta de dos hojas, esculpida maravillosamente. Y tras ella, las promesas del cuerpo avisado que se hacen a la vela en las radas de las colinas, bajo los eucaliptos.

El alba de círculos morados se aclara y se diluye. Y en el filo amargo de un frío casi glacial, el seguimiento de fiestas y recepciones se atempera sin que la aspiración a los hondos silencios.

crea en el cielo desnudo, que ante nosotros se aboveda y parece alejarse, ninguna ilusión, ninguna abulia.

La gracia inagotable; el cenizote en el árbol de hierro y la frescura de las fuentes endulzan el sombreado fondo del jardín bajo el portal en el que, niña ayer, soñabas con fantásticas mansiones.

Si supiéramos al menos recobrar el *timbre* de un mundo interpretado...